

varias de las criaturas, que confundieron con los dioses mismos. Por último, la diferencia entre el panteísmo y el Catolicismo, no está en que el uno afirme y el otro niegue la deificación del hombre; está en que el panteísmo sostiene que el hombre es Dios por su naturaleza, mientras que el Cristianismo afirma que puede llegar á serlo sobrenaturalmente por la gracia: está en que el panteísmo enseña que el hombre, parte del conjunto que es Dios, es absorbido completamente por el conjunto de que forma parte; mientras que el Catolicismo enseña que el hombre, aun despues de deificado, es decir, despues de penetrado por la sustancia divina, conserva todavía la individualidad inviolable de su propia sustancia. El respeto de Dios hácia la individualidad humana, ó lo que es lo mismo, hácia la libertad del hombre, que es la que constituye su individualidad absoluta é inviolable, es tal, segun el dogma católico, que ha dividido con ella el imperio de todas las sociedades, gobernadas á un mismo tiempo por la libertad del hombre y por el consejo divino (1).

El amor es fecundísimo de suyo; porque es fecundísimo, engendra todas las cosas varias, sin romper su propia unidad; y porque es amor, resuelve en su unidad, sin confundirlas, todas las cosas varias. El amor es, pues, infinita variedad y unidad infinita: él es la única ley, el precepto sumo, el solo camino, el último fin. El Catolicismo es amor, porque Dios es amor: solo el que ama es católico, y solo el católico aprende á amar, porque solo el católico recibe lo que sabe de fuentes sobrenaturales y divinas.

(1) Tu autem Dominator virtutis, cum tranquillitate judicas, et cum magna reverentia disponis nos. (SAP. XII, 18.)

CAPITULO V (1).

QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO NO HA TRIUNFADO DEL MUNDO POR LA SANTIDAD DE SU DOCTRINA, NI POR LAS PROFECÍAS Y MILAGROS, SINO Á PESAR DE TODAS ESTAS COSAS.

El Padre es amor, y envió al Hijo por amor; el Hijo es amor, y envió al Espíritu Santo por amor; el Espíritu Santo es amor, é infunde perpétuamente en la Iglesia su amor. La Iglesia es amor, y abracará al mundo en amor. Los que esto ignoran ó los que esto han olvidado, ignorarán perpétuamente cuál es la causa sobrenatural y secreta de los fenómenos patentes y naturales, cuál es la causa invisible de todo

(1) Este capítulo y el siguiente son dos partes de una sola y misma demostracion, que prueba que la gracia, la accion sobrenatural del Espíritu Santo en las almas, es la sola causa que pueda explicar el triunfo de Jesucristo, la creacion y el mantenimiento de su Iglesia en el mundo. Donoso Cortés no dice que las otras causas, tales como la verdad, santidad y belleza de la doctrina, las profecías, los milagros, etc., no sean con ella y por ella poderosos medios de conversion; dice que sin la gracia, no solamente son ineficaces, sino que tambien pueden ser obs-

lo visible, cuál es el vínculo que sujeta lo temporal á lo eterno, cuál es el resorte secretísimo de los movimientos del alma; de qué manera obra el Espíritu Santo en el hombre, en la sociedad la providencia, Dios en la historia.

táculos. Esta doctrina escandaliza singularmente al Sr. Gaduel. Hé aquí cómo habla de ella (*L'Ami de la Religion*, n. del 22 de Enero de 1853):

«Si el Sr. Donoso se hubiera limitado á decir que nuestro Señor Jesucristo no triunfó del mundo *solamente* por la verdad de su doctrina, por las profecías y milagros, no hubiera expresado más que una comun verdad cristiana. Todo el mundo sabe, en efecto, y es cosa incuestionable é incuestionada que no bastando, como no basta, la razon para producir la fé, ni la doctrina más verdadera y santa, ni los milagros más evidentes, ni las profecías más ciertas y más rigurosamente cumplidas hubieran bastado, sin los auxilios de la gracia interior, para convertir al mundo. Pero el Sr. Donoso va más allá, porque dice que nuestro Señor Jesucristo ha triunfado á pesar de la santidad y verdad de su doctrina, á pesar de las profecías y á pesar de los milagros: lo cual significa que todas estas cosas no solamente no eran medios suficientes y auxiliares, sino que eran verdaderos obstáculos.»

«La cosa es rara; pero es de todo punto consecuente, si es cierto, como en otra parte afirma el Sr. Donoso, que despues de la prevaricacion, el género humano está condenado á ver las cosas del revés.

«Y no se crea que esta maravillosa asercion, respecto á los motivos de credibilidad de nuestra fé, es una paradoja que, como tantas otras, se le escapa al Sr. Donoso en el calor de la improvisacion; nada de eso: es una paradoja muy pensada, es toda una tésis, es nada ménos que el título de un capítulo todo entero consagrado á probar esa misma inaudita tésis. Y por si acaso no era bastante bien comprendida por su simple enunciacion, la vuelve á tomar el Sr. Donoso con mayor insistencia para explicarla más y más.»

«Es cosa rara!» dice el Sr. Gaduel. Lo que es raro, es que un sacerdote, antiguo profesor de teología, no haya reconocido la pura doctrina de San Pablo. Sí, la verdad de la doctrina, las profecías, los milagros, que para las almas dóciles á los impulsos de la gracia, son gracias y medios *que les ayudan*, son para las rebeldes obstáculos y *medios de perdicion*. Esto es lo que demuestra admirablemente Bossuet en su primer sermón de Pentecostés, sobre las palabras: *Littera occidit, spiritus autem vivificat*, del cual citaremos un trozo:

«¿No veis ahora, más claro que la luz del sol, que no solamente los preceptos del Decálogo, sino, como consecuencia infalible, todas las enseñanzas de la ley, y aun toda la doctrina del Evangelio, si no impetramos al espíritu de la gracia, no son sino letra que mata, excitando la concupiscencia por la prohi-

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con su maravillosa doctrina. Si no hubiera sido otra cosa sino un hombre de doctrina maravillosa, el mundo le hubiera admirado un momento, y hubiera puesto en olvido despues junta-

«bicion, y colmando con la trasgresion el pecado? ¿Cuál es entonces la utilidad de la ley? ¡Ah, hermanos míos! aquí es donde hemos de recoger los frutos de las enseñanzas del Apóstol. No creamos que él haya querido comunicarnos una doctrina tan delicada á manera de retórico. San Agustin entendió bien su penamiento cuando dijo: Ha querido mostrar al hombre, cuán grande es su impotencia y cuán deplorable su enfermedad, pues una ley tan santa y tan justa, se le convertia en mortífero veneno para que conociéramos así que no nos basta ser enseñados por Dios, si El mismo no nos ayuda á obedecerle: *non tantum doctorem sibi esse necessarium, verum etiam adiutorem Deum.*»

Despues de un anatema general contra «esta tésis inaudita», el Sr. Gaduel va examinando una por una las diversas aserciones del Sr. Donoso en este capítulo, y hablando de las relativas á milagros se expresa de este modo:

«Es decir que entre los que vieron los milagros de Nuestro Señor, ó que los oyeron contar á los que los habian visto, hubo unos que le llamaron Dios, esto es, que creyeron en su divinidad, y que no solamente la creyeron, sino que la confesaron. De aquí habria deducido cualquiera que los milagros presenciados por aquellos hombres habian podido sin duda contribuir á convencer sus entendimientos y disponerlos á la fé: pero el Sr. Donoso razona de otra manera, pues que se admira de que hubieran creído los que vieron, y no opina que creyeron por los milagros que habian visto, sino á pesar de estos milagros; bastando, segun él, para probarlo así, el que otros que tambien habian visto los mismos milagros, no habian creído.»

Cualquiera que no fuera el Sr. Gaduel, habria entendido que el Sr. Donoso no dice lo contrario. Los mismos milagros convertian á unos y hacian más culpable la incredulidad de otros. De aquí deduce el Sr. Donoso que una fuerza superior, la gracia, presente en los unos, y ausente de los otros, es por sí sola suficiente explicacion de contradictorios efectos. Los milagros sin la gracia, son piedra de escándalo; y con ella son medios de conversion. El Sr. Donoso no dice otra cosa.

A esto añade el Sr. Gaduel:

«Poseído de tan extraña idea, olvida el Sr. Donoso que cuando Jesucristo realizaba aquella grande obra de establecer la Religion, sembraba ante sus plantas los milagros, como en la creacion habia sembrado por el espacio los mundos, siempre con el designio manifesto de que lo que habia invisible en él, es decir, su omnipotencia y su divinidad, apareciese de alguna manera visible-

mente á la doctrina y al hombre. Maravillosa y todo, como era su doctrina, no fué seguida sino de alguna gente popular, cayó en desprecio de la más granada entre el pueblo judío, y durante la vida del Maestro fué ignorada del género humano.

»mente en el espejo de las cosas visibles, como dice San Pablo, y así los hombres no tuvieron disculpa por no haber creído. *Invisibilia enim ipsius a creatura mundi per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque eius virtus et divinitas, ita ut sint inexcusabiles* (Paul. ad. rom. I, 20.) También olvidó el Sr. Donoso que á la misma Sabiduría eterna que hacia esos milagros, parecieron ellos una prueba tan poderosa, que solo en vista de su resistencia á creer en ella se decidió Nuestro Señor á condenar á los judíos incrédulos, según se vé por aquellas palabras tan terminantes: *Si opera non fecissem coram vobis, quae nemo alius fecit, peccatum non haberent; nunc autem et videntur, et oderunt me et Patrem meum.* ¿Diremos, pues, para dar la razón al Sr. Donoso, que el Verbo de Dios se había engañado, y que al querer probar la verdad de la Religión que fundaba, tomó como medios los obstáculos mismos?»

¿Dónde ha asentado Donoso que los milagros no son pruebas demostrativas, y que los hombres son excusables de no rendirse á su evidencia? Dice precisamente lo contrario; pero añade que el hombre tiene el triste privilegio de poder resistir á las pruebas más poderosas, y á lo que, como la gracia, tiene aún más fuerza que todas ellas, y de hacerse de este modo inexcusable.

El Sr. Gaduel hace sobre las profecías y la verdad de la doctrina las mismas observaciones que sobre los milagros: las profecías son pruebas sólidas, la verdad es demostrativa, los hombres son inexcusables si rechazan las profecías, la verdad, etc.—Así concluye:

«Después, como si el Sr. Donoso hubiera probado de una manera inconcusa su inconcebible tesis, acaba resumiendo todo su frívolo discurso con esta asombrosa afirmación y rotundez:—El Cristianismo, humanamente hablando, debía sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debía sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenía en su apoyo testimonios elocuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables.»—«Sin duda alguna, así debía ser, si es cierto, como el Sr. Donoso afirma, que Dios, después de la prevaricación del hombre, ha puesto entre la verdad y la razón humana una repugnancia inmortal y una repulsión invencible; y que, por el contrario, entre la razón humana y lo absurdo hay una afinidad secreta y un parentesco estrechísimo. Porque, si la razón está absolutamente aniquilada en el hombre caído, y aniquilada por

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con sus milagros. De los mismos que le vieron mudar, con solo su querer, la naturaleza de las cosas, andar sobre las aguas, aquietar los mares, sosegar los vientos, mandar á la vida y á la muerte, unos le llamaron Dios, otros demonio, otros prestidigitador y hechicero.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo porque se hubieran cumplido en él las antiguas profecías. La sinagoga, que era su depositaria, no se convirtió, ni se convirtieron los doctores que se las sabían de memoria, ni se convirtieron las muchedumbres que las habían aprendido de los doctores.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con la verdad. La verdad esencial del Cristianismo estaba en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como quiera que

»decreto de Dios, preciso es convenir en que forzosamente han de desvanecerse como el humo todas las pruebas que la religión presenta al entendimiento humano: y que todo el edificio de la fé se viene inevitablemente abajo, cayendo sobre las ruinas de la razón derribada.»

Tan lejos anda el Sr. Donoso de decir que «la razón está absolutamente anodada en el hombre caído,» que reconoce en ella la terrible potencia de oponerse á la verdad conocida, áun de aborrecerla; y ciertamente que para combatir y para aborrecer es necesario existir. «La disminución de la fé—dice el Sr. Donoso en el capítulo I del ENSAYO—la disminución de la fé, que produce la disminución de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminución, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las condena al error, no á la muerte.»—No negará el presbítero Sr. Gaduel que los demonios tienen horror á la verdad; ¿pero afirmará por esto que esté anodada su inteligencia? Este odio á la verdad es fruto de su pecado, y forma parte del eterno castigo que Dios les impone. También para los hombres, el odio de la verdad es consecuencia de su pecado, y parte de su castigo. Y en el sentido de que viene de Dios este castigo, dice Donoso que «después de la prevaricación del hombre, ha puesto Dios entre la verdad y la razón humana una repugnancia inmortal y una repulsión invencible. Que esta repugnancia haga ineficaz para el espíritu que á ella se abandona el poder de las pruebas de la religión, es un

fué siempre una, eterna, idéntica á sí misma. Esa verdad que estuvo eternamente en el seno de Dios, fué revelada al hombre, infundida en su espíritu y depositada en la historia, desde que resonó en el mundo la primera palabra divina. Y, sin embargo, el Antiguo Testamento, así en lo que tenía de eterno y de esencial, como en lo que tenía de accesorio, de local y de contingente, en sus dogmas como en sus ritos, no salvó nunca las fronteras del pueblo predestinado. Ese mismo pueblo rompió muchas veces en grandes rebeldías, persiguió á sus profetas, escarneció á sus doctores, idolatró á la manera de los pueblos gentiles, hizo pactos nefandos con los espíritus infernales, se entregó en su cuerpo y en su alma á sangrientas y horribles supersticiones; y el día en que la verdad tomó carne, la maldijo, la negó y la

hecho demasiado cierto, por desgracia, pero no de ningún modo se puede deducir de esto, que las pruebas en sí no sean invencibles, ni que el hombre que las rechaza, no sea culpable.

El Sr. Gaduel niega, contra lo que la historia toda afirma, la predilección que la razón pervertida tiene al error y al mal; lea sino el magnífico sermón de Bossuet sobre el odio de los hombres á la verdad (Serm. III, para el Domingo de Pasión) que comienza así: «Los hombres casi siempre injustos, lo son principalmente en que les sea odiosa la verdad, y en no poder sufrir sus resplandores,» ó el sermón sobre la Iglesia (Serm. para el Sábado de la semana de Quincuagésima), del cual citaremos un párrafo que expresa admirablemente la doctrina que exponemos en este capítulo el Sr. Donoso. «No es de extrañar que la Iglesia haya tenido que padecer cuando apareció en la tierra, y que con todas sus fuerzas el mundo la haya combatido; era imposible que así no fuera, y de ello os convencereis si sabéis conocer lo que es el hombre. Digo, pues, que todos tenemos en el fondo del corazón un principio de oposición y repugnancia á todas las verdades divinas; de tal manera, que el hombre de por sí, no sólo no puede entenderlas, sino que no pudiendo después sufrirlas, y hallándose como en el último extremo, siente en sí cierta violencia que casi le obliga á combatirlas. Este principio de repugnancia llamado en la Sagrada Escritura: *infidelidad* (Luc. IX., 41, etc.), y *espíritu de desconfianza* (Ephes. II, 2), y *espíritu de incredulidad* (Coloss. III, 6), está en todos los hombres, y si no produce en nosotros todos sus efectos, es la gracia de Dios quien se lo estorba.»

crucificó en el Calvario. Y mientras que la verdad, que estaba escondida en los antiguos símbolos, representada en las antiguas figuras, anunciada por los antiguos profetas, testificada con espantables prodigios y con milagros estupendos, fué puesta en una cruz, cuando vino por sí misma para explicar con su presencia el por qué de aquellos milagros estupendos y de aquellos prodigios espantables, para abonar todas las palabras proféticas, y para enseñar á las gentes lo que estaba representado en los antiguos símbolos y lo que estaba escondido en las antiguas figuras; el error se había extendido libremente por el mundo, cuán ancho es, y había cubierto todos los horizontes con sus sombras; y todo esto con una prodigiosa rapidez, y sin el auxilio de profetas, ni de símbolos, ni de figuras, ni de milagros. ¡Terrible lección, memorable documento para los que creen en la fuerza recóndita y expansiva de la verdad, y en la radical impotencia del error para hacer por sí solo su camino por el mundo!

Si nuestro Señor Jesucristo venció al mundo, lo venció á pesar de ser la verdad, á pesar de ser el anunciado por los antiguos profetas, el representado en los antiguos símbolos, el contenido en las antiguas figuras; lo venció á pesar de sus prodigiosos milagros y de su doctrina maravillosa. Ninguna otra doctrina que no hubiera sido la evangélica, hubiera podido triunfar con ese inmenso aparato de testimonios clarísimos, de pruebas irrefragables y de argumentos invencibles. Si el mahometismo se derramó á manera de un diluvio por el continente africano, por el asiático y por el europeo, consistió esto en que caminó á la ligera, y en que llevaba en la punta de su espada todos sus milagros, todos sus argumentos y todos sus testimonios.

El hombre prevaricador y caído no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caído. Entre la verdad y la razón humana, después de la prevaricación del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y

una repulsion invencible (1). La verdad tiene en sí los títulos de su soberanía, y no pide vènia para imponer su yugo; mientras que el hombre, desde que se rebeló contra su Dios, no consiente otra soberanía sino la suya propia, si no le piden antes su consentimiento y su vènia. Por eso, cuando la verdad se pone delante de sus ojos, luego al punto comienza por negarla; y negarla es afirmarse á sí propio en calidad de soberano independiente. Si no puede negarla, entra en combate con ella, y combatiéndola combate por su soberanía. Si la vence la crucifica, si es vencido huye; huyendo cree huir de su servidumbre, y crucificándola cree crucificar á su tirano.

Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo; el pecado los ha unido con el vínculo de un indisoluble matrimonio. Lo absurdo triunfa del hombre, cabalmente porque está desnudo de todo derecho anterior y superior á la razon humana. El hombre le acepta, cabalmente porque viene desnudo, porque careciendo de derechos no tiene pretensiones; su voluntad le acepta, porque es hijo de su entendimiento, y el entendimiento se complace en él porque es su propio hijo, su propio verbo; porque es testimonio vivo de su potencia creadora: en el acto de su creacion el hombre es á manera de Dios, y se llama Dios á sí propio. Y si es Dios á manera de Dios, para el hombre todo lo demás es ménos. ¿Qué importa que el otro sea el Dios de la verdad, si él es el Dios de lo absurdo? Por lo ménos será independiente, á manera de Dios; será soberano, á manera de Dios; adorando á su obra, se adorará á sí propio; magnificándola, será magnificador de sí mismo.

(1) Por lo que respecta á este pasaje, recuérdese lo que hemos advertido en nuestra anterior nota, págs. 38 y 39.

Vosotros los que aspirais á sojuzgar á las gentes, á dominar en las naciones y á ejercer un imperio sobre la raza humana, no os anunciéis como depositarios de verdades clarísimas y evidentes; y sobre todo no declareis vuestras pruebas, si las teneis, porque jamás el mundo os reconocerá por señores, antes se rebelará contra el yugo brutal de vuestra evidencia. Anunciad, por el contrario, que poseéis un argumento que echa por tierra una verdad matemática; que vais á demostrar que dos y dos no hacen cuatro, sino cinco; que Dios no existe, ó que el hombre es Dios; que el mundo ha sido esclavo hasta ahora de vergonzosas supersticiones; que la sabiduría de los siglos no es otra cosa sino pura ignorancia; que toda revelacion es una impostura; que todo gobierno es tiranía, y toda obediencia servidumbre; que lo hermoso es feo, que lo feo es hermosísimo; que el bien es mal, y el mal es bien; que el diablo es Dios, y que Dios es el diablo; que fuera de este mundo no hay infierno ni paraíso; que el mundo que habitamos es un infierno presente y un paraíso futuro; que la libertad, la igualdad y la fraternidad son dogmas incompatibles con la supersticion cristiana; que el robo es un derecho imprescriptible, y que la propiedad es un robo; que no hay orden sino en la anarquía, ni hay anarquía sin orden; y estad ciertos de que con este solo anuncio, el mundo maravillado de vuestra sabiduría, y fascinado por vuestra ciencia, pondrá á vuestras palabras un oido atento y reverente. Si al buen sentido, de que habeis dado larga muestra anunciando la demostracion de todas estas cosas, añadís despues el buen sentido de no demostrarlas de ninguna manera; ó si, como única demostracion de vuestras blasfemias y de vuestras afirmaciones, dais vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones mismas, entónces el género humano os pondrá sobre los cuernos de la luna; sobre todo, si poneis un cuidado exquisito en llamar la atencion de las gentes hácia vuestra buena fé, llevada hasta el

punto de presentaros desnudos como estais, sin haber acudido á las vanas supercherías de vanas razones, de vanos antecedentes históricos y de vanos milagros, dando así un público testimonio de vuestra fé en el triunfo de la verdad por sí sola: y si, por último, revolviendo á todas partes vuestros ojos, preguntais dónde están y qué se hicieron vuestros enemigos, entónces el mundo estático, atónito, proclamará á una voz vuestra magnanimidad, y vuestra grandeza, y vuestra victoria, y os apellidará píos, felices, triunfadores (1).

Yo no sé si hay algo, debajo del sol, más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas (2).

En la escala de su degradacion y de su vileza, las muchedumbres engañadas por los sofistas y oprimidas por los tiranos son las más degradadas y las más viles; los sofistas vienen despues, y los tiranos que tienden su látigo sangriento sobre los unos y sobre las otras, son, si bien se mira, los

(1) ¿No es este irónico cuadro fiel representacion de lo que hemos visto en los años siguientes á la revolucion de 1848? El Sr. Gaduel no vé en él más que una deplorable exageracion que tiende á disculpar, como justificados por la impotencia de la razon, los extravíos que Donoso reprueba con tanta energía; como si el mismo Donoso no condenase como culpable y sin excusa la impotencia en que los enemigos de Dios se ponen voluntariamente, puesto que pueden salir de ella, y Dios les dá para este fin todos los auxilios que necesitan.

La traduccion italiana no piensa como el Sr. Gaduel, segun se deduce de la siguiente nota:

«En este pasaje compendia el autor en pocas líneas los principales absurdos y blasfemias de las escuelas heterodoxas, y especialmente de los socialistas. No há mucho tiempo se han podido oír y leer muchas de sus blasfemias y enseñanzas ridículas, y se ha podido tambien ver cómo era en efecto numerosa la ciega muchedumbre que las repétia en medio de aplausos y gritos de entusiasmo.»

(2) Esta proposicion indigna al Sr. Gaduel, por no reflexionar que: *debajo del sol no hay nada más vil y despreciable que el pecado; y que fuera de las vías católicas el género humano está hundido en las tinieblas y en la corrupcion del pecado. Cuanto más excelente es la naturaleza del hombre, tanto es más horrible su degradacion: Corruptio optimi pessima.*

ménos viles, los ménos degradados y los ménos despreciables. Los primeros idólatras salen apénas de la mano de Dios, cuando dan consigo en la de los tiranos babilónicos. El paganismo antiguo va rodando de abismo en abismo, de sofista en sofista y de tirano en tirano, hasta caer en la mano de Calígula, mónstruo horrendo y afrentoso con formas humanas, con ardores insensatos y con apetitos bestiales. El moderno comienza por adorarse á sí propio en una prostituta, para derribarse á los piés de Marat, el tirano cínico y sangriento; y á los de Robespierre, encarnacion suprema de la vanidad humana, con sus instintos inexorables y feroces. El novísimo va á caer en un abismo más hondo y más oscuro; tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.